



El 1 de mayo y la clase obrera argentina.

La historia obrera argentina registra dos momentos fundamentales: un ciclo de movilizaciones violentas y represión oficial hasta la década de 1920 y una dirigencia reformista y conciliadora durante la industrialización posterior a la Depresión Financiera, especialmente durante los dos primeros gobiernos de Perón. Significaron también dos momentos distintos en la forma de celebración del Día Universal de los Trabajadores.

El crimen de Chicago de 1886.

Hacia fines del siglo XIX, y, como consecuencia de la explotación laboral de mujeres y niños durante la Segunda Revolución Industrial, los obreros de los principales países del mundo, tras el lema marxista de “Obreros del mundo uníos”, comenzaron a formar sindicatos (“unions”) y federaciones de trabajadores para enfrentar la opresión del industrialismo capitalista. Hasta la misma Iglesia, a través del Papa Juan XXIII, se pronunció en contra del sistema discriminatorio contra las familias de trabajadores, a través de la Encíclica “Rerum Novarum” (Acerca de los nuevos tiempos). En ese contexto, en 1886, los obreros norteamericanos, que habían iniciado una importante capacidad de movilización reclamaron masivamente y en forma institucionalizada, a través de la Federación de Gremios y Uniones Organizadas mejoras en las condiciones laborales (aumentos de los salarios, cobertura social, participación en el manejo de las fábricas, jornada laboral de ocho horas, etcétera).

En Chicago, una de las principales ciudades industriales de los Estados Unidos, esas protestas culminaron en una tragedia humana por la represión policial. El hecho se inició como consecuencia de la muerte de un policía por una bomba lanzada desde las filas obreras. El resultado fue el arresto de los sospechosos, persecuciones y allanamientos. Ocho de los presuntos implicados fueron condenados a muerte en la horca, sin juicio previo. Esto agitó aún más la lucha social y el 1º de mayo se realizó una gran movilización en homenaje a “los mártires de Chicago”. Movilización que derivó en una de las mayores tragedias sociales de la historia. El “crimen de Chicago” costó la vida de gran cantidad de trabajadores y dirigentes sindicales. No existe un número exacto de las muertes, ni tampoco de los miles de heridos de balas, torturados, detenidos, procesados, despedidos. La mayoría de los obreros eran inmigrantes, en gran cantidad italianos, españoles, alemanes, rusos, irlandeses, judíos, polacos, eslavos. De allí en más, el mundo honró ese día como el “Día Universal de los Trabajadores”.

En la Argentina.

La Argentina en la época de la tragedia de Chicago, comenzaba un profundo proceso de transformación. La economía nacional se integraba al mercado internacional como proveedora de productos agrícolas, especialmente trigo y carnes. Nuestra economía dejaba de ser tradicional y doméstica y comenzaba a modernizarse en ese nuevo orden. Fue necesario fomentar la inmigración europea, promovida ya desde tres décadas antes, para cubrir la escasez de mano de obra. Por ello llegaron al país unas 6 millones de personas entre 1880 y 1914. (En el Primer Censo Nacional de 1869, Argentina no llegaba a los 2.000.000 de habitantes). Muchos de los recién llegados eran dirigentes anarquistas, contagiados de las luchas sindicales violentas de la vieja Europa. Esas actitudes se trasladaron a la Argentina de principios del siglo XX junto con las masas de inmigrantes. La primera federación obrera argentina, la FORA, anarco-sindicalista, se fundó en 1901, y la UGT (Unión General de Trabajadores), de extracción socialista, al año siguiente. Cientos de huelgas violentas se repitieron a lo largo de las dos primeras décadas del siglo XX, que contribuyeron a la caída del régimen conservador de la Generación del Ochenta y amenazaron también el orden social e institucional del primer gobierno de Hipólito Irigoyen. Si bien al principio de su gobierno, Irigoyen intentó conciliar los intereses de los

obreros con una política laboral favorable, con el tiempo no tuvo más remedio que repeler las movilizaciones con represión, como la tristemente célebre Semana Trágica de 1919 verdadera batalla campal en pleno centro de Buenos Aires o la Patagonia Trágica de 1922, donde obreros rurales anarquistas fueron violentamente reprimidos en los campos laneros del sur.

Actualmente el 1° de Mayo contempla 2 actitudes para el sector obrero argentino: nostalgia y reclamos.

A partir de allí, el movimiento obrero argentino dejó su actitud revolucionaria, violenta y comenzó a transigir y adoptar una postura más reformista que radical. Así consiguió algunas mejoras parciales a lo largo de la difícil década de 1930, cuando la economía argentina, como consecuencia de la Depresión Financiera Internacional de 1929/1930 había colapsado debilitándose en gran forma su rol de mercado proveedor de carnes y trigo a las principales potencias europeas. El sector social más perjudicado de esta crisis siguió siendo la clase obrera que debió acompañar la profunda transformación de la economía argentina que pasó de ser agro-exportadora a suplir sus necesidades con una incipiente vía de industrialización.

La política laboral llevada a cabo por Juan Domingo Perón entre 1943 y 1955 significó un drástico cambio en la situación de la clase obrera. En estos tiempos la actitud reformista y conciliadora de los principales dirigentes sindicales se afianzó con un gobierno que tuvo como principal propósito el mejoramiento de vida de los trabajadores y la implementación de medidas sociales como vacaciones pagas, políticas de vivienda, salud y educación, pago del aguinaldo, etcétera.

En ese contexto, el significado del 1° de mayo en la Argentina se transformó radicalmente. El carácter combativo de esta jornada mundial, aclamada por el anarquismo y el socialismo a principios del siglo XX, se convertía con el peronismo en una fiesta obrera donde los trabajadores agradecían la “dignidad” dada por Perón a través de la justicia social.

La destrucción de la industria nacional iniciada en los ‘60 en nuestro país desarticuló también al movimiento obrero que, altamente combativo a fines de esa década, sufrió en los regímenes militares persecuciones, desaparición de líderes y un debilitamiento de sus principales estructuras. Actualmente el 1° de Mayo contempla dos actitudes para el sector obrero argentino. Muchos recuerdan con nostalgia los “años dorados” del peronismo de Perón, donde el trabajo dignificaba a las personas y añoran el retorno a aquella época. Otros han retomado el sentido inicial del 1° de Mayo reclamando mejoras al sector a través de manifestaciones masivas que, en general, están lejos de aquella violencia de los dos primeros decenios del siglo XX.